

Desde la distancia

Jordi Soras

Escena de la Memoria 9/2/2015

La compañía Thomas Noone Dance ha estrenado en el Mercat de les Flors una versión audaz de la Medea de Eurípides. Lejos de trasladar el texto a su lenguaje físico de danza, han perfilado una lectura elegante y estilizada que en nada se opone al sentido trágico de la obra original.

La experiencia de la tragedia de los antiguos griegos resulta un inconmensurable al mundo contemporáneo. Una de las razones tiene que ver con la noción de cuerpo. Lo era moderna catalogó, seccionó e interrogó sobre la naturaleza constitutiva de la realidad física. Aquellos arquetipos, que no personajes, que se representaban con una máscara y que en sentido etimológico significa "persona", en el teatro pasaron a "corporizarse", con la pretensión de convertir al intérprete en sujeto trágico. El fenómeno se hizo especialmente intenso cuando la danza empezó a abordar aquellos antiguos textos, desde la posición de control privilegiada y específica que tiene sobre el organismo y el movimiento. Ninguna otra de las artes escénicas repercute con tanta intensidad sobre el carácter efímero, débil e inestable del propio cuerpo. Y empleando la comunicación dinámica del gesto representado. Una paradoja insalvable si recordamos que la antigua tragedia tenía un marcado carácter estático sobre el escenario. El resultado de todo no siempre ha sido muy exitoso. Y aun así se ha insistido una y otra vez. Probablemente por la dificultad que comporta. A veces, quizás, por el carácter obstinado de sus artistas. **La compañía Thomas Noone Dance también ha querido hacer esta arriesgada apuesta y presenta Medea de Eurípides en el Mercat de las Flors con un amplio calendario de sesiones: así que no hay excusa para no ver el resultado.**

Para superar el reto han encontrado una inteligente y audaz línea de fuga. Lejos de enfrentarse con el sentido trágico, piedra angular pero a la vez fisura cultural inabarcable, optan por dos operaciones que puede parecer que van en sentido contrario. La acertada puesta en escena se encarga de catalizar ambos extremos y el resultado es ciertamente interesante.

La primera tiene que ver con el lenguaje de la propia compañía. Respecto de la fisicalidad de Thomas Noone Dance, que es habitualmente un exigente gesto coreográfico de movimientos en contraposición de cuerpos, se dulcifica para la ocasión, se apacigua, se hace menos violenta y es más sutil. **La intensa oscuridad de la venganza de Medea no se pierde, pero sólo se insinúa. Gran acierto! No sería posible sólo con el gesto y el movimiento coger el carácter poliédrico de una mujer que es a la vez mil personajes femeninos en su interior. Y la compañía no pretende analizarla en sentido psicológico, sino sólo dibujar sus acciones. Nuevamente con solvencia, con un acertado dibujo de grupo y la complejidad coreográfica necesaria que Thomas Noone y la ayudante de dirección, Nuria Martínez, imponen y que todos los bailarines prestan, si bien destaca el elenco femenino (Alba Barral, Karolina Szymura, Eleonora Tirabassi) por encima de los chicos (Javier**

G. Arozena, Jerónimo Forteza, Erik Regoli). Será precisamente por las múltiples lecturas del personaje principal femenino a las cuales no se ha querido renunciar.

Este aspecto tiene que ver también con la segunda opción perpetrada: el de la "corporización" del texto. En ausencia de la palabra, el cuerpo no puede pretender decir nada. Porque todo lo que puede hacer es expresar lo que sabe. Que no es poco: pues se encuentra en el corazón de la misma tragedia. Porque si algo desconocemos de aquella antigua tradición es precisamente su carácter catártico. Otra de aquellas experiencias sobre la cual es más el misterio de su significado que no el conocimiento que dos mil quinientos años después tenemos. Pues bien: **con la misma sencillez que esta compañía trabaja incansablemente para llevar a cabo su proyecto artístico en la ciudad de Barcelona, limitan su textualidad a unos cuerpos que relatan códigos indescifrables, que nunca pretenden ser nada más que significantes abiertos y donde el público (pienso que tanto los que conocen la fuente directa del texto, como los que sólo la saben por referencia) pueden proyectar los mil sentidos del original, y recibir a cambio -como sí de un espejo se tratara- los reflejos que la intencionada escenografía blanca y desnuda, con el inestimable recurso técnico de luces de Peter Lundin y la composición musical electrónica de Jim Pinchen, aportan al conjunto.** Son el marco estático donde el dinamismo de los bailarines transita. Y es aquí, justo en esta operación de inversión, donde la tragedia Medea de la compañía Thomas Noone Dance encuentra un punto de fuga desde donde permitir una lectura en clave dancística, en plena posmodernidad.